

EL JUEGO DE LOS CONCEPTOS
A GAME OF CONCEPTS

LA TERCERA MARGEN.
CRÍTICA DEL
CONOCIMIENTO *OBJETIVO*

JORGE RUEDAS DE LA SERNA

¿La muerte será de no ser o de sustancias peligrosas?
Pablo Neruda, *Libro de las preguntas* ¹.

Y, por último, ¿quién puede decir estar comportándose siempre de modo científico en la región más alta de la conciencia, donde se considera lo que es externo con la mayor cautela, con decidida y silenciosa atención, donde, al mismo tiempo, se deja actuar la propia interioridad con inteligente precaución, con modesta previsión, en la paciente esperanza de una intuición verdaderamente armónica y pura? El mundo, nosotros mismos, ¿no disturbamos, tal vez, estos momentos? Sin embargo, nos es lícito nutrir píos deseos y no nos está prohibido tratar de acercarnos, llenos de amor, a lo que es inalcanzable ².

El fragmento anterior pertenece a una de las reflexiones de Goethe sobre la *objetividad* del conocimiento científico. Constituía una de las respuestas más penetrantes al dualismo de la metafísica cartesiana, que dividió las posibilidades del conocimiento humano según los “sentidos exteriores” y los “sentidos interiores” del hombre, es decir, el conocimiento de la naturaleza y el conocimiento de la mente humana, dimensiones regidas por principios diferentes, “la mecánica del contacto”, la primera, y “el libre albedrío”, la segunda.

Aunque ya en el siglo XVII Newton echó por tierra la concepción de la “mecánica de contacto del sentido común” y demostró que “el movimiento terrestre planetario se halla regido por un principio de *actuación a distancia*”, que es completamente contrario a la tesis cartesiana del sentido común, como escribe en un artículo más o menos reciente Noam Chomsky ³, la verdad es que esa separación del conocimiento humano ha prevalecido hasta nuestros días y fue responsable por el divorcio artificial entre las llamadas ciencias de la naturaleza y las ciencias humanas. Hoy en día se acepta que tal distanciamiento no debe más enfrentarse como un proble-

ma metafísico, sino epistemológico, y, sin embargo, hasta ahora esa dicotomía parece no haber sido superada desde sus fundamentos. El propio Chomsky dice, desde esa misma perspectiva, que el “sentido común de la mente no ha sufrido crítica fundamental alguna”, lo que revela, una vez más, y puestas las cosas así, la incapacidad de pensar desde un solo lado a su reverso, pues habría que hacerlo, ya no desde alguna de las dos orillas, sino desde “la tercera margen del río”, para usar una metáfora del escritor brasileño João Guimarães Rosa. Esa tercera margen ya comenzaba a construirla Goethe, cuando aún era posible concebir al hombre como parte integrante e inseparable de la naturaleza, como se desprende de este otro fragmento:

Lo que se ha dicho de mi *pensamiento objetivo* podría aplicarlo también, con igual derecho, a una *poesía objetiva*. Ciertos grandes motivos, leyendas, tradiciones milenarias se me grabaron tan profundamente en la mente que los mantuve vivos y operantes en mi interior durante cuarenta o cincuenta años; me parecía la posesión más hermosa ver renovadas con frecuencia en la imaginación estas bellas imágenes, pues de hecho cambiaban continuamente de aspecto y maduraban hacia una forma más pura y una más neta representación, pero sin transformarse sustancialmente ⁴.

El pensamiento de este eximio artista tendía a abrir, ya entonces, grandes líneas de comunicación entre las ciencias que tenían como objeto la naturaleza exterior y las que se concentraban en el estudio de la mente y sus procesos. Durante mucho tiempo sus reflexiones pudieron haber parecido “románticas” o ingenuas, pero no cabe duda que hoy en día cobran nueva vigencia, particularmente por lo que se refiere a la imposibilidad de explicar un fenómeno “por sí y en sí mismo”, sino en su relación ordenada y metódica con muchos otros ⁵. Y tal concepción teórica y metodológica se aplicaría tanto en una dirección como en otra del conocimiento, y recíprocamente entre ambas. Del mandato clásico —por ejemplo— “conócete a ti mismo”, dice lo siguiente: “esta máxima me ha suscitado siempre sospechas, como si fuese una astucia de sacerdotes secretamente confabulados que quisieran confundir al hombre con exigencias inalcanzables y desviarle de la actividad en el mundo externo hacia una falsa contemplación interior.”

Y en efecto, pareciera que esa fue la aporía en que se colocó a las ciencias humanas, algo así como la exigencia que se impuso al famoso barón de Münchhausen, de salir del pantano jalándose de la coleta. ¿Y no estarían confabulados esos sacerdotes de Goethe con los racionalistas que así se desentendieron de un conjunto de problemas inherentes a la vida humana, para no tener que pensar en ellos? Desde entonces, la ciencia dejó de buscar explicaciones últimas ⁶.

Desde su ancha visión de la capacidad comprensiva del ser humano, que incluye la intuición, Goethe postula siempre el valor de la experimentación y la exigencia de *objetividad* en la investigación científica, aunque el objeto sea el conocimiento del propio sujeto: “El hombre, dice Goethe, se conoce a sí mismo sólo en la medida en que conoce el mundo, del cual toma conciencia sólo en sí mismo como toma conciencia sólo en él. Cada objeto nuevo, bien contemplado, inaugura en nosotros un nuevo órgano”. No puede formularse, de modo más *objetivo*, la vinculación de la conciencia del hombre con la naturaleza de la cual hace parte inexpugnable, de tal manera que la separación artificial entre el conocimiento “científico” (las ciencias de la naturaleza) y el conocimiento “humanístico” (las ciencias humanas), ha sido responsable fundamentalmente por el divorcio del hombre con la naturaleza y, consecuentemente, por toda la violencia ejercida contra ésta, pues el ser humano dejó de concebirse como parte suya inseparable. Sólo en la medida en que el hombre recupere su pleno sentido de pertenencia al mundo, como una más de sus criaturas, será capaz de construir una cultura científica poderosa que le permita avanzar en el conocimiento profundo de sí mismo y restablecer una *écosis* que garantice su sobrevivencia. Lo que no sabemos es si para eso sea ya demasiado tarde.

Uno de los estudiosos contemporáneos de Goethe, Gernot Böhme, defensor de la cientificidad de su teoría del color, sostiene que, en la polémica con Newton, Goethe hubiera tenido mayor éxito si se hubiese visto, como hoy, la necesidad urgente de conservar el medio ambiente, y si, añade este autor,

lo importante no fuera sólo la naturaleza, como campo de posibles manipulaciones, sino también el papel de la naturaleza en la vida del hombre; si lo importante no fueran sólo los experimentos del hombre con la naturaleza, sino también la experiencia de sí mismo que el hombre hace por mediación de la naturaleza ⁸.

Lo que entonces se plantea aquí no es la pretendida “falta de visión humanista de la ciencia” —por una parte— o “la incapacidad de las ciencias humanas para dar solución teórica a los grandes problemas que explican el comportamiento humano” —por la otra— reproches ambos que se hacen recíprocamente los científicos de uno u otro lado. Se plantea algo más profundo que tiene que ver con la representación que el hombre se ha forjado del mundo y de sí mismo, representación que ha sido responsable, como hemos dicho, por la fragmentación y la imperfección del conocimiento científico. Quizás por eso nuestro siglo pase a la historia como un siglo de tremendos adelantos tecnológicos, pero de una muy limitada cultura científica, si la comparamos con la de civilizaciones antiguas o aun con la de algunos de los pueblos llamados “primitivos”.

No sólo sabemos muy poco sobre las cuestiones capitales que han preocupado desde siempre al ser humano, sino que hemos cometido errores gravísimos que amenazan con la destrucción de nuestra especie, y eso no es sino la muestra elocuente y fatal de esa "inepta cultura", como la llamó el poeta Ramón López Velarde. Una cultura que condena a la brutalidad y a la muerte a la mayor parte de su especie no es una cultura fuerte; una cultura que destruye sistemáticamente su *habitat* no es una cultura inteligente, es, como la llamaría Miguel León-Portilla, una "cultura en peligro", una cultura que labra su propia ruina.

Por todo ello, es apremiante revisar de manera profunda los fundamentos en que se hizo descansar la llamada "cultura de la modernidad", y el papel de la tecnología. Goethe ya planteaba la necesidad de reformular la relación entre la ciencia y la tecnología, para que "la técnica estuviera basada en el respeto por el mundo natural"⁹.

Sólo así podría llegar a comprenderse que ninguna manipulación tecnológica, por más asombrosa que parezca, se justifica si actúa en contra de la naturaleza, que es, incuestionablemente, base de la propia humanidad del ser humano. Por ello debe verse con optimismo, por ejemplo, el surgimiento de nuevos programas que conjugan la reflexión ética con la ciencia, como es la "bio-ética", que no pretenden establecer una normatividad tradicional, fundada en la separación del hombre con la naturaleza, sino, por el contrario, pensar al hombre como parte plena y consecuente de la vida natural.

Desde la angustiada perspectiva de los terribles desequilibrios sociales de este fin de siglo, y frente a los asombrosos adelantos de las ciencias naturales, Noam Chomsky escribe lo siguiente:

Creo que no se ha hecho progreso significativo alguno en la comprensión de cuestiones como el aspecto creador del uso del lenguaje; el hecho más general de que mientras los humanos pueden sentirse "incitados e inclinados" a actuar de un modo determinado, sean capaces de decidir otra cosa; la naturaleza de la conciencia; el fundamento de los juicios moral y estético, y el resto de los problemas clásicos del estudio de la mente¹⁰.

Para este gran lingüista y pensador social de nuestro tiempo, las llamadas ciencias humanas no han pasado de un nivel meramente descriptivo, en tanto que las ciencias puras han hecho descubrimientos extraordinarios como la teoría cuántica y el ADN. Es evidente que esta apreciación es totalmente injusta. Ni el psicoanálisis, ni la historia comparada de las religiones, ni la filología moderna le dicen algo a Chomsky desde su "perspectiva científica", aunque acepte que "la separación entre las ciencias y las humanidades es engañosa". Pero debemos prestar atención a una idea que importa para pensar en la repercusión social del conocimiento científico: como una muestra del progreso moral,

quizás una mayor penetración en nuestra auténtica naturaleza, hace no demasiado tiempo la esclavitud humana se consideraba legítima, digna de alabanza, incluso, [pero] en este momento se acepta que si una persona es propiedad de otra se está cometiendo una violación tan profunda de los derechos humanos fundamentales que ningún argumento puede justificarla ¹¹.

Y en efecto, esta transformación mental en el ser humano significa un salto cualitativo inmenso, y su acción sobre la conducta del hombre habrá de ejercerse por mucho tiempo. Se trata, ciertamente, de una observación importantísima que plantearía la posibilidad de la formación de la conciencia social a partir de la cultura, pues nadie se atrevería a defender, en su recto juicio, el esclavismo en ninguna de sus formas. Ahora, el hecho de que Chomsky la formule al hablar de los derechos del hombre “que están arraigados en su naturaleza básica”, y de que, además, le sirva de preámbulo para hablar del caso brasileño, como ejemplo de la inaudita injusticia social de hoy, me trae a la memoria un ensayo, paralelo en gran medida, del eminente crítico brasileño Antonio Cândido, intitulado “El derecho a la literatura”, en el cual desarrolla precisamente esta idea. Escribe Cândido al respecto:

Es cierto que la barbarie permanece y que, incluso, crece, pero ya no se oye más su elogio; como si todos supiéramos que ella es algo que se debe ocultar y no proclamar. Desde esta perspectiva, los tribunales de Nuremberg fueron la señal de un tiempo nuevo, al mostrar que ya no es admisible que un general victorioso mande hacer inscripciones diciendo que construyó una pirámide con las cabezas de los enemigos muertos o que mandó cubrir las murallas de Nínive con sus pellejos. Se cometen hechos parecidos y hasta peores, pero no son motivo de celebración. Para emitir una nota eufónica desde el fondo del horror, diré que —de acuerdo con lo que creo— esta es una señal favorable, puesto que si se practica el mal pero no se lo proclama, quiere decir que el hombre ya no lo considera tan natural ¹².

De la misma forma que Chomsky, Cândido centra su visión del problema en las aberrantes asimetrías sociales del mundo contemporáneo, pero si el primero trata de la transformación de la conciencia humana desde la perspectiva de las ciencias naturales, el brasileño lo hace desde el horizonte de la literatura. Por ello considero que estos dos ensayos son complementarios, y un debate desde sendas perspectivas sería de enorme valor; cuando menos permitiría ver en una más ancha dimensión la complejidad del problema.

Me he servido aquí de algunas de las ideas rectoras de la teoría de Goethe sobre la naturaleza, y no arbitrariamente, sino porque al ser uno de los más grandes poetas de todos los tiempos tuvo la capacidad de reflexionar científicamente. No cabe duda de que su poesía se benefició con ello, pero sobre todo, nos legó la enorme creatividad con que supo

plantear problemas fundamentales de la percepción humana de la naturaleza, en permanente debate con las teorías científicas de su tiempo. Nuestro autor defendía sobre todo la necesidad de construir sistemas abiertos de conocimiento, "interdisciplinarios", diríamos hoy.

El pensamiento de Goethe cobra, como se ha dicho, fundamental vigencia en nuestro tiempo, cuando la pavorosa relación del hombre con la naturaleza sólo es equiparable a la igualmente pavorosa relación del hombre consigo mismo; porque el hombre es la naturaleza, y sólo podrá modificarse esta relación cuando se opere un cambio profundo en la conciencia humana, es decir, cuando el hombre sea capaz de entender lo que, al parecer muy evidente —del sentido común, incluso— permanece sin embargo fuera de su conciencia: que al agredir a la naturaleza se agrede a sí mismo, y para ello es preciso que se dé a la ingente tarea de construir una nueva cultura científica. Ello representa una prioridad absoluta.

NOTAS

- 1 Pablo Neruda, *Antología poética*. Selección y prólogo de Rafael Alberti. 4a. ed. Madrid, Espasa-Calpe, S. A., 1985 (Planeta Bolsillo), pp. 507-508.
- 2 Johann Wolfgang von Goethe, "Un afortunado acontecimiento", en *Teoría de la naturaleza*. Estudio preliminar, traducción y notas de Diego Sánchez Meca. Madrid, Editorial Tecnos, S. A., 1907. (Colección Clásicos del Pensamiento), pp. 106-107.
- 3 Noam Chomsky, "Creación y cultura al final del siglo XX", en *Política y cultura a finales del siglo XX. Un panorama de las actuales tendencias*. Traducción de José Manuel Álvarez Flórez. México, Editorial Ariel, 1996.
- 4 Goethe, "Petición significativa por una palabra inteligente", *Ibidem*, pp. 212-213.
- 5 Diego Sánchez Meca, "Estudio preliminar", en Johann Wolfgang Goethe, *Teoría de la naturaleza. Op. Cit.*, p. XXVII.
- 6 Escribe Chomsky: "Newton llegó a la conclusión de que debemos contentarnos con el hecho de que la gravitación universal existe, aunque seamos incapaces de entenderla ni de 'explicarla' en los términos de una 'filosofía mecánica' evidente de por sí. Un destacado especialista en Newton, Y. Bernard Cohen, dice que este paso intelectual 'introdujo una concepción nueva en la ciencia', en la que el objetivo no es 'buscar explicaciones últimas', sino hallar la mejor explicación teórica posible de los fenómenos de la experiencia y del experimento." *Ibidem*, p. 94.
- 7 Goethe, *Idem*.
- 8 G. Böhme, "Is Goethe's theory of color science?", en F. Amrine y F. J. Zucker (eds.), *Goethe and the Sciences: A Reappraisal*, Reidel, Dordrecht, 1987, p. 147. Cit. por Sánchez Meca, *Ibidem*, pp. XIX-XX.
- 9 Sánchez Meca, *Ibidem*, p. XIX.
- 10 Chomsky, *Ibidem*, p.98.
- 11 *Ibidem*, p. 106.
- 12 Antonio Cándido, "El derecho a la literatura", en *Ensayos y comentarios*. Campinas, Sao Paulo, Editora da UNICAMP / Fondo de Cultura Económica de México, 1995, p. 151.